

EL MITO LITERARIO DEL LEPROSO

I

Si la antigüedad de origen tuviese en Patología el mismo significado que en la nobleza de abolengo, sin duda alguna habría que considerar a la lepra como la más aristocrática de todas las enfermedades. Ya Moisés, el primer legislador sanitario, en el Levítico, daba normas exactas sobre los requisitos necesarios para declarar a una persona enferma de lepra y el régimen a que debían quedar sometidos los enfermos. De entonces acá son infinitas las publicaciones de toda índole cuyo tema central es la enfermedad de Hansen. Muy sugestivo debe de ser el tema para el arte literario, a juzgar por la frecuencia con que los autores, médicos o no, lo han utilizado, y siempre con la siguiente particularidad: tanto en los episodios bíblicos como en las modernas publicaciones, siempre se vincula la lepra a un concepto de horror y repulsión superior al que despierta cualquier otra enfermedad. El resultado de esta propaganda secular, quizá inconsciente, ha sido crear en la conciencia popular un estado de terror irreflexivo frente a la enfermedad que constituye uno de los más fuertes obstáculos para la profilaxis y que el profesor Gay Prieto, con su característica justeza de expresión, define como *el mito literario del leproso*.

En realidad, tal concepto popular de la enfermedad tiene una justificación histórica. En la antigüedad y hasta

hace relativamente poco tiempo (menos de dos siglos), se agrupaban bajo la común denominación de lepra una serie de enfermedades de muy distinta etiología, pero con algunas características comunes, principalmente, gran poder destructivo de tejidos, tendencia progresiva con poquísimas probabilidades de curación y contagiosidad. Es decir, que muchos enfermos de sífilis, *lupus* eritematoso, algunas formas de tuberculosis cutánea, epiteliomas y otros tumores de la piel, ciertas micosis y, en general, todas las dermatosis destructivas, graves e incurables, eran diagnosticadas de lepra. Si a esto añadimos la tendencia, desde los tiempos bíblicos, de considerar estas enfermedades repugnantes y graves como una forma de castigo divino, comprenderemos perfectamente el terror supersticioso firmemente arraigado en la conciencia popular.

Naturalmente, a medida que fué progresando la medicina y perfeccionándose los medios de diagnóstico, se fueron segregando de este conglomerado sindrómico designado como lepra, las distintas enfermedades cuya etiología se iba definiendo hasta que Hansen descubrió el *Mycobacterium leprae*, agente productor de la enfermedad, y ésta pudo ser fijada como una entidad nosológica perfectamente limitada, con características propias y probablemente menos grave y repugnante que muchas de las enfermedades con que se confundía en la antigüedad, no obstante lo cual, el terror atávico ha seguido vinculado a la palabra lepra.

Quizá ha contribuído no poco a la creación de ésta, que no vacilamos en llamar «psicosis colectiva», la severidad muchas veces cruel de la legislación de todos los tiempos sobre la lepra y los leprosos. Por un fenómeno realmente inexplicable, muchísimo tiempo de conocerse ni aun sospecharse la transmisión de las enfermedades:

por contagio (concepto que no se adquiere plenamente hasta Pasteur) y en fuerte contraste con el total abandono de los problemas sanitarios, la ley, en todas las épocas y en todos los países, ha señalado para los desgraciados enfermos de lepra, regímenes que parecen inspirados en la más refinada crueldad. De sobra son conocidas las normas de riguroso y total aislamiento que la ley Mosaica señala para los leprosos, castigando con gravísimas penas, incluso la muerte, su quebrantamiento. Durante la Edad Media, ser declarado leproso equivalía a la muerte civil, y en muchos aspectos, peor que la misma muerte. El enfermo era conducido ante el sacerdote, quien, en una impresionante ceremonia reminiscencia de los tiempos bíblicos, leía el Oficio de Difuntos y exhortaba al leproso a abandonar toda esperanza terrenal y a confiar solamente en la otra vida. Al mismo tiempo, les notificaba las innumerables prohibiciones que debían observar rigurosamente, bajo severísimas penas, tanto civiles como religiosas; debían vivir alejados de todo ser viviente, lejos de pueblos y ciudades; no podían transitar por los caminos frecuentados ni concurrir a mercados, ferias ni sitios públicos; no podían bañarse ni beber agua en los sitios acostumbrados; vestían un sayón pardo con capucha, debiendo taparse en presencia de cualquier persona y llevaban una campanilla, que tañían para anunciar a distancia su presencia. En algunos sitios tenían acotadas zonas donde vivían en el más absoluto aislamiento; estos sitios de horror y desesperación han inspirado muchas obras literarias, algunas de dudoso gusto.

Asimismo, esa especie de literatos que necesita temas sensacionalistas para despertar interés, de la misma forma que los manjares desabridos requieren condimentos fuertes para ser apetecibles, han contribuido a mantener el

atávico recelo de la masa por la lepra, alentando una propaganda sin la menor base científica, pero firmemente enraizada en la Historia.

Resultado de todo esto es el actual estado de opinión colectiva, de verdadera psicosis de terror frente a la lepra, que no se limita al vulgo, sino que alcanza a clases intelectualmente selectas, incluso a profesionales de la medicina. Hasta los hombres de las tribus africanas, que por su fatalismo son escépticos en cuanto al papel que representa, no pueden ocultar su terror por la lepra y arrojan a los enfermos de sus poblados y huyen de ellos con pánico supersticioso.

Para el negro el origen de las enfermedades es, o bien una causa perfectamente tangible, por regla general parásitos a los que, por ejemplo, atribuyen la totalidad de las enfermedades intestinales, incluso las hernias (*we-song*), o es resultado de la acción maléfica de potencias sobrenaturales adversas. En el primer caso, para lograr la curación es necesario conseguir la muerte o expulsión del parásito o parásitos responsables por la acción de medicamentos, europeos o indígenas, en cuya eficacia creen plenamente. En el segundo caso es inútil pretender curarse con medicinas; la única solución es aplacar la potencia adversa o conseguir la protección de otra contraria y más fuerte, y para ello es absolutamente indispensable recurrir a la magia.

Por regla general el negro trata a los enfermos con absoluta indiferencia. No siente compasión por ellos, porque este sentimiento tal como nosotros lo concebimos, no tiene cabida en la mentalidad del negro; si tiene con el enfermo relación de consanguinidad o de tribu le ayuda por obligación; en caso contrario, le abandona a sus propios recursos sin el menor escrúpulo. Ahora bien :

no los temen ni esquivan su presencia, por grave o repugnante que sea la enfermedad. Hasta los dementes, que casi universalmente provocan un sentimiento de horror difícilmente contenible son tolerados en los poblados indígenas con naturalidad, recurriendo solamente a encerrarlos en los accesos de violencia.

La lepra (*m'seng*) escapa a esta regla general; por ella sienten los negros un verdadero terror; los indígenas no vacilan en denunciar a sus hermanos de tribu o de poblado y las mujeres a sus maridos para conseguir la separación.

Los indígenas suelen exponer al médico sus enfermedades con absoluta naturalidad, aun aquellas que por su naturaleza o localización despiertan entre nosotros un sentimiento de vergüenza o hieren nuestro pudor. En contraste con este desparpajo, muchas veces pintoresco, el negro enfermo de lepra, en los raros casos en que se presenta voluntariamente al médico para manifestar su enfermedad, lo hace en voz baja y desviando la mirada, como avergonzado de tener que decirlo y temeroso de que alguien más que el médico pueda enterarse.

Lo corriente es que el negro enfermo de lepra oculte cuidadosamente su enfermedad el mayor tiempo posible; cuando se sabe enfermo, jamás descubre su cuerpo ni aun ante sus más íntimos familiares; busca para bañarse sitios apartados y siempre lo hace de noche; para disimular sus lesiones iniciales, que suelen ser máculas, recurre a cualquier procedimiento, incluso los más bárbaros y dolorosos, como la cauterización por el fuego de grandes extensiones de piel. A pesar de todas las precauciones, tarde o temprano es descubierto, pues los indígenas conocen perfectamente la enfermedad, incluso en sus formas de comienzo, y rara vez yerran en el diagnóstico;

no obstante, esto suele suceder cuando la enfermedad está bastante avanzada, por desgracia para la colectividad y para el propio enfermo, pues, de un lado, para entonces el enfermo ha tenido tiempo de contagiar a sus familiares y convivientes, y de otro, suele haber pasado la oportunidad de conseguir, mediante el tratamiento, la remisión rápida y quizá definitiva de la enfermedad.

Una vez descubierto un enfermo, la colectividad a que pertenece decreta su expulsión de ella; actualmente la cosa se reduce a denunciarlo a la autoridad sanitaria para que ordene su ingreso en una leprosería, donde viven en condiciones humanas y médicamente atendidos. Pero hasta hace poco tiempo, cuando aún no existían o eran insuficientes estos establecimientos, se los obligaba a vivir lejos de los poblados, en condiciones muy semejantes a los leprosos europeos medievales.

Generalmente los enfermos se agrupaban y construían sus pequeñas aldeas en los sitios más sombríos de la selva, apartados de todo tránsito. En mis diversas expediciones de estudio de la endemia por la región central de nuestro territorio continental, tuve ocasión de conocer muchos de estos poblados. Las condiciones en que vivían sus habitantes eran sencillamente espantosas; abandonados a sus propios recursos, sin ningún medicamento, escasos de alimentos, sin ropas ni nada con que cubrir sus repugnantes llagas, el más fantástico relato imaginativo sería inferior a la monstruosa realidad de las escenas que presenciábamos en aquellos lugares de horror. En ocasiones, varios núcleos de enfermos se reunían formando agrupaciones de cierta consideración, hasta de más de un centenar, que tenían sus propios curanderos indígenas; de esta forma se defendían mejor prestándose mutua ayuda. Nosotros procuramos favorecer estas concentracio-

nes mayores incluso autorizando a los curanderos a «ejercer su profesión», con lo cual conseguíamos mantenerlos agrupados, y cuando llegó el momento de ingresarlos en la leprosería fué relativamente fácil la primera recogida de enfermos.

Es verdaderamente curioso que la lepra haya provocado una reacción similar en pueblos tan distintos por su cultura, costumbres y características raciales, como los amarillos asiáticos, los blancos europeos y los negros africanos; sería interesante investigar el origen de este sentimiento casi tan universal como los instintos elementales comunes a todos los hombres y cuya unidad de origen parece esconderse en la oscuridad de los tiempos anteriores a la dispersión de las gentes. Ello demuestra la verdadera universalidad en el tiempo y en el espacio del *mito del leproso*.

En resumen, para la generalidad de las gentes, el leproso no es un enfermo como los demás, sino que es un mito en el que se compendian todos los horrores de todas las enfermedades más graves y repugnantes. La sociedad ve en el enfermo de lepra un ser terriblemente peligroso, cuyo contacto hay que evitar a toda costa, atormentado por los más atroces dolores físicos y torturas morales e irremisiblemente condenado a una muerte lenta y terrible, presenciando la desintegración del propio cuerpo, sin la menor posibilidad humana de curación.

II

Los motivos por los que la lepra es tan universalmente temida son fundamentalmente tres: la tradicional y arraigadísima creencia en su gran contagiosidad, el convenci-

miento de que es una enfermedad absolutamente incurable y la leyenda, muy extendida, de los atroces sufrimientos físicos y morales que produce.

El que la lepra es una enfermedad terriblemente contagiosa es una tradición tan antigua como la misma enfermedad. Aún conservo en la mente una fuerte impresión sobre el particular recibida en la infancia, presenciando una película de ambiente bíblico. Unas mujeres, presas durante mucho tiempo, se sienten enfermas de lepra (impuras, era la palabra usada en el *film*), y al decirsele a un carcelero que las tiene sujetas, éste las suelta con un gesto de supremo espanto y no vacila en poner las manos a la llama de una antorcha para purificarlas del contacto. Esta impresión de peligro inminente al menor contacto con un leproso, se conserva viva en el pueblo, y así vemos que el acto de socorrer o cuidar a los leprosos se consideró durante mucho tiempo como la caridad llevada al más alto grado de renunciación, cuyo ejercicio era casi privativo de los santos. Ese significado tiene el conocido episodio de Santa Isabel de Hungría socorriendo a unos leprosos y, el más reciente, el del padre Damián (a quien también se habla de canonizar), que llevó su altruismo hasta el punto de vivir en una leprosería para consolar a los enfermos, llegando a contagiarse. Aun hoy día, los que más o menos directamente nos dedicamos al cuidado de enfermos de lepra despertamos en la generalidad de las gentes un sentimiento de admiración compasiva francamente molesto para quienes, como yo, no sienten, por desgracia, vocación de héroes ni de santos, y consideran que el hacerlo es simplemente un deber impuesto por la profesión, que no exige más sacrificio que cualquier otro.

Frente a esta tradicional opinión popular, estuvo en boga durante bastante tiempo la teoría de la no contagio-

sidad de la lepra, sostenida por leprosos eminentes, como Danielsen, y basada en hechos corrientes y algunas experiencias que parecían confirmarla. En efecto: es un hecho de observación corriente la rareza de contagios entre médicos, enfermeros, monjas y demás personal de las leproserías, a pesar de que, por ejemplo, las monjas tienen un contacto bastante íntimo con los enfermos y no siempre observan las precauciones recomendadas. Incluso en casos de familias con algún miembro enfermo, no todos los convivientes llegan a contagiarse, a pesar de que se dan las condiciones óptimas para la difusión de la enfermedad. Es más, en experiencias de transmisión experimental al hombre, que en contadas ocasiones se ha intentado, como en algunos condenados a muerte que se prestaron voluntariamente al experimento, no siempre la inoculación va seguida de éxito. Todo esto parece confirmar la teoría de la no contagiosidad de la lepra o por lo menos que es necesaria la concurrencia de algún factor desconocido para que el germen sea capaz de provocar la enfermedad, cosa bastante verosímil.

¿Qué concepto debemos tener en realidad sobre la contagiosidad de la lepra, según los actuales conocimientos? Hay un hecho en la epidemiología de la lepra que tiene valor axiomático, y es que, donde se diagnostica un enfermo, si se investiga cuidadosamente se encuentran más casos. Esta es la demostración indudable de que la enfermedad se transmite por contagio de hombre a hombre y en la admisión de este hecho básico se fundan los modernos procedimientos de lucha contra la enfermedad. Ahora bien: el contagio es realmente difícil, mucho más que en la mayoría de las enfermedades infecciosas, siendo necesario un contacto íntimo y prolongado con un leproso infectante, es decir, convivencia, para que el con-

tagio tenga lugar. Incluso hay una forma de la enfermedad, la llamada tuberculoide, en la clasificación aprobada en el reciente Congreso Internacional de la Habana, considerada tan poco peligrosa que no requiere aislamiento. El eminente leprólogo argentino Basombrio, en una comunicación al Congreso propuso que los enfermos de lepra tuberculoide no se incluyan en los registros de enfermos, sino que se consideren simplemente sospechosos sometidos a vigilancia sanitaria, siéndoles permitida una vida social normal. Aunque este punto de vista nos parece un poco exagerado, demuestra la tendencia moderna de considerar difícil el contagio de la lepra, especialmente en algunas de sus modalidades.

Quedamos, por tanto, en que, si bien la lepra es una enfermedad contagiosa, lo es mucho menos que otras enfermedades y que el contagio es perfectamente evitable observando las precauciones elementales que se recomiendan a todos los que tienen contacto con enfermos contagiosos. Es mucho más peligroso cuidar tuberculosos o tíficos que cuidar leprosos, y, por tanto, no entraña ninguna heroicidad el hacerlo. En resumen: es completamente infundada la creencia vulgar de la gran contagiosidad de la lepra e injusto y sin el menor fundamento científico el repulsivo temor que inspiran los enfermos y la curiosidad compasiva que inspiramos los que nos dedicamos a cuidarlos.

La creencia en la absoluta incurabilidad de la lepra es otra de las causas que justifica el terror que inspira. Y es precisamente esta falta de esperanza en la curación, que por regla general consuela aun a los enfermos más graves e incurables, lo que más entenebrece la vida de los enfermos de la lepra. El leproso siente como ningún otro ser humano la desesperación de lo irremediable.

Tan arraigada está la creencia de la incurabilidad de la lepra desde los más remotos tiempos, que Cristo, que naturalmente elegía para realizar sus milagros hechos imposibles en opinión de los humanos, curó a unos leprosos como demostración indubitable de su Divino Poder. Y desde entonces la curación de la lepra entra, según la opinión universal, en la jerarquía de las cosas sobrenaturales.

Sin embargo, la lepra no constituye una excepción entre las enfermedades infecciosas en cuanto a posibilidad de curación. Es más, existe un tipo de lepra, el tuberculoide, al que ya nos referimos anteriormente, que se caracteriza precisamente por su tendencia a la curación espontánea, hasta el punto de que, en las conclusiones aprobadas en el Congreso de la Habana, figura la recomendación de no utilizar enfermos de lepra tuberculoide en las experiencias de valoración de medicamentos, por la frecuencia con que estos enfermos curan sin la menor intervención terapéutica, por lo que sería muy fácil sobrevalorar erróneamente la acción de la droga experimentada. Incluso en la forma grave de la enfermedad, llamada lepromatosa en la nueva clasificación interna, en la que es la regla la tendencia progresiva, se dan casos de curación sin intervención del tratamiento. Nosotros tenemos varios enfermos que lo demuestran sin duda alguna.

Naturalmente, las posibilidades de curación aumentan extraordinariamente por la acción de un tratamiento bien dirigido. Con el tratamiento por el aceite de chaulmoogra y sus derivados, que en el estado actual de nuestros conocimientos debemos considerar anticuado, ya se obtenían resultados muy halagüeños, especialmente en los casos iniciales, en los que se conseguían, según mu-

chos autores, más del 70 por 100 de curaciones. Schulman, de la Argentina, afirma haber conseguido éxitos incluso en casos avanzados de la forma grave o lepromatosa mediante el tratamiento por el chaulmoogra a dosis altas. Pero donde las esperanzas de curación de la lepra tienen su más sólido fundamento es en el moderno tratamiento por los derivados sulfónicos. En la Argentina, en el Brasil, en los Estados Unidos, todos los leprólogos que han utilizado este tratamiento no pueden ocultar su entusiasmo por los resultados conseguidos. Nosotros hemos tenido ocasión de visitar la magnífica leprosería cubana de San Lázaro del Rincón, donde más de 300 enfermos están sometidos a tratamiento sulfónico, y no vacilamos en certificar sus excelencias. Es realmente impresionante ver que entre la masa de enfermos tratados por sulfonas han desaparecido prácticamente las grandes y repugnantes úlceras, las graves complicaciones laríngeas, que con tanta frecuencia requerían la práctica de la tráqueotomía, las molestísimas neuritis, generadoras de las terribles mutilaciones, y, en fin, los estigmas más lamentables y repugnantes de la enfermedad. En opinión de los más destacados leprólogos, más del 90 por 100 de los casos diagnosticados precozmente podrán ser curados con seguridad por los derivados sulfónicos, con tal que los enfermos sigan regularmente los tratamientos y éstos sean dirigidos por personal experto.

Con lo dicho creemos que basta para demostrar la falsedad del mito de la incurabilidad de la lepra, vulgarmente considerado dogmático.

En la somera crítica a que estamos sometiendo los hechos, que el vulgo tiene por axiomas, en los que basa su repulsión por la enfermedad de Hansen, nos queda por analizar los pretendidos enormes sufrimientos y repug-

manentes lesiones que la lepra ocasiona, así como los tormentos morales que condicionan una supuesta anormalidad de carácter en los leprosos.

Evidentemente esta enfermedad no es una excepción y, por tanto, produce en quienes la padecen sufrimientos más o menos intensos en el orden físico. Pero ¿quién es capaz de valorar exactamente estos sufrimientos y declarar que son superiores a los que experimentan los enfermos de hígado o estómago, los paralíticos, los cancerosos o los miles de enfermos de las innumerables enfermedades crónicas y graves conocidas?

También es verdad que la lepra produce, en ocasiones, úlceras tan repugnantes y mutilaciones tan monstruosas que solamente puede vencerse la repulsión que tales cuadros inspiran por amor a Dios o por la conciencia del deber profesional. Pero ¿es que no dan lugar a cuadros igualmente repugnantes la tuberculosis, la sífilis, el *lupus*, el cáncer y tantas otras enfermedades?

Por otra parte, estos cuadros repugnantes son privativos exclusivamente de los casos muy avanzados que, por fortuna, son los menos numerosos; es lo cierto que la mayoría de los visitantes profanos a la leprosería de Mikomeseng, que generalmente esperan encontrar aguafuertes, se quedan asombrados y en cierto modo decepcionados al comprobar el excelente estado físico de la mayoría de los enfermos, que no presentan más signo de la enfermedad que unas manchas rojizas en la piel, a las que el no iniciado no daría la menor importancia.

Las ideas de dolor y repulsión van íntimamente unidas en la mente humana al concepto de enfermedad; pero una cosa es la instintiva y natural repugnancia del individuo por todo lo que signifique desviación de la norma-

lidad y otra la irreflexiva y casi supersticiosa repelencia que inspira la sola mención de la lepra.

Repetimos que la lepra no constituye una excepción entre las enfermedades infecciosas, y en consecuencia, su gravedad oscila entre los cuadros gravísimos, verdaderas septicemias leprosas, rápidamente progresivos, que originan grandes destrucciones de tejidos y terminan en pocos meses con la vida del enfermo y las formas leves monosintomáticas y estacionarias, con tan escasas manifestaciones que muchas veces no llegan a diagnosticarse. Por consiguiente, es absurdo, pensando con lógica, temer a la lepra más que a cualquier otra enfermedad crónica y grave.

En cuanto al pretendido carácter normal de los leprosos se ha exagerado muchísimo, habiendo autores que incluso han hablado de una psicosis producida específicamente por la lepra. Y basada en esta opinión sin fundamento, la literatura sensacionalista se ha despachado a gusto, pintando esos tipos de leprosos taciturnos, ebrios de odio a la Humanidad e ideando medios infernales para contagiar la enfermedad a sus semejantes. Todo esto es absolutamente falso y sería risible si su difusión entre gente crédula no fuera origen de nuevos sufrimientos para los enfermos.

La lepra, como todas las enfermedades crónicas, influye indudablemente en el carácter, dando lugar a ese tipo de enfermo tan frecuente en todos los hospitales y sanatorios, eternamente descontentos, que insultan a las monjas que los cuidan con la mayor delicadeza y creen que el mundo gira alrededor de sus molestias. En el enfermo crónico terminan rompiéndose las trabas que la educación y el trato social normal imponen al carácter y surgen las cualidades negativas que subordinan todo al

egoísmo. Y, naturalmente, cuando se trata de individuos psíquicamente tarados, no tiene nada de particular que la enfermedad actúe de agente desencadenante para el desarrollo de la psicopatía a que el sujeto esté específicamente predispuesto.

Esto es sencillamente lo que sucede en la lepra, á igual que en cualquier otra enfermedad crónica, y si en ella son más acentuados los signos de rebeldía que agrían el carácter y hacen tan frecuentes las revueltas y motines en las leproserías, ello no significa sino la natural reacción de los enfermos al sentirse injustamente tratados por la sociedad. Trátase a los leprosos igual que a cualquier otra categoría de enfermos y veremos cómo se comportan como individuos absolutamente normales.

Resumiendo esta divagación, quizá demasiado larga, veremos que son completamente falsas desde el punto de vista científico las razones en que se funda el universal y supersticioso temor que inspira la lepra y muchas enfermedades crónicas, tanto en lo que respecta al peligro de contagio como en lo relativo a gravedad, sufrimientos físicos y morales que produce y posibilidades de curación. No supongan los lectores que trato de demostrar que la lepra es inocua. Precisamente porque la conozco bien sé que la tragedia de la lepra es lo suficientemente real para no agravarla con fantasías que sólo conducen a intensificar los sufrimientos de los enfermos y a dificultar la lucha contra la enfermedad.

III

La reacción natural del enfermo de lepra, frente al sentimiento que inspira a la sociedad es, lógicamente, la

misma de cualquier ser viviente que se siente perseguido; se defiende ocultándose. Así se da el caso de que los leprosos son los únicos enfermos que huyen del médico; sufren calladamente y son capaces de los mayores sacrificios con tal de pasar inadvertidos. Esta es la razón fundamental por la que el 90 por 100 de los casos de lepra se diagnostican en períodos muy avanzados, cuando ya poco o nada puede esperarse del tratamiento.

El resultado de todo esto no puede ser más desastroso para la lucha contra la enfermedad, cuya eficacia descansa fundamentalmente en el diagnóstico precoz de los enfermos. Son precisamente esos casos iniciales los que más interesa descubrir desde el punto de vista profiláctico, en primer lugar, porque estos casos, por ser ignorados, son muchísimo más peligrosos, ya que llevan una vida de relación normal, desempeñando incluso oficios o profesiones peligrosas y tienen infinidad de ocasiones de difundir la enfermedad. Además son precisamente estos enfermos los que reaccionan más favorablemente al tratamiento, consiguiéndose en la gran mayoría de los casos, o por lo menos, la negativización bacteriológica, que los hace completamente inofensivos, desde el punto de vista sanitario.

Esta resistencia de los enfermos constituye un serio obstáculo para el normal desarrollo de las campañas profilácticas antileprosas, que ha preocupado a los leprólogos de todos los países. La cuestión fué ya tratada en la Conferencia de la Leonard Wood Memorial, celebrada en Manila en 1931, y también en el IV Congreso Internacional de la Lepra en El Cairo en 1933, sin que se llegase a adoptar ningún acuerdo para intentar solucionar el problema. Por fin, en el V Congreso Internacional de la Lepra celebrado en la Habana el pasado mes de abril, Perry Burges, de la Leprosería de Carville (Es-

tados Unidos), en virtud de una encuesta hecha entre los enfermos de dicho establecimiento, propuso el nombramiento de una comisión para estudiar la posibilidad de cambiar los términos *lepra* y *leproso* por otros que, sin ocultar la verdadera naturaleza de la enfermedad, no llevasen vinculada la idea degradante con que aquellos parecen estigmatizados. Fue aceptada la propuesta y nombrada la comisión, que informó en el sentido de que se debe conservar el término *lepra* como designación científica de la enfermedad y abandonar la palabra *leproso* para designar los que la padecen, proponiendo llamarlos simplemente *enfermos de lepra*.

Cree Burges, con esa deliciosa ingenuidad norteamericana, que será suficiente cambiar el nombre de la enfermedad para terminar con los prejuicios que la sociedad siente por ella. Hace falta una dosis considerable de buena fe para esperar que una simple decisión del Congreso sea suficiente para eliminar del vocabulario popular palabras que, como *lepra* y *leproso*, tienen su raigambre nada menos que en los tiempos bíblicos. Y aun cuando esto pudiera conseguirse, es lógico suponer que la repulsión por la enfermedad se trasladaría al homónimo con que se la designase, pues, naturalmente, la gente siente repugnancia por la enfermedad en sí, llámese como se llame, y no por la palabra que la designa. Por todo ello, no ocultamos nuestro escepticismo por los resultados que puedan conseguirse con el cambio de nombres de la enfermedad y de los enfermos. Usando una locución muy vulgar, pero muy castiza y gráfica, diremos que esta manera de resolver la cuestión es como «tomar el rábano por las hojas».

La Comisión de Epidemiología y Control del Congreso de la Lepra se ocupa en su informe de esta cues-

ción, desde el punto de vista de constituir un obstáculo a la profilaxis y con un sentido más práctico de la realidad señala como medio más adecuado para conseguir del público una mejor disposición hacia los enfermos, hacer todo lo posible por convencerlo de la verdadera naturaleza de la enfermedad. El subcomité de Educación Pública de la citada Comisión dice en su informe que «es indispensable llevar al convencimiento del público en general que la lepra no es una maldición bíblica ni el leproso un maldito», y señala la absoluta necesidad de incluir en las campañas profilácticas bien organizadas, una intensa campaña de divulgación utilizando cuantos elementos puedan contribuir al éxito, como Prensa, «cine», radiodifusión, etc., así como tratar de conseguir la colaboración de entidades como las sociedades de Autores, asociaciones cívicas y religiosas, etc. También encarecer la necesidad de combatir por todos los medios las publicaciones como artículos, novelas, etc., en que se dramatice innecesariamente la enfermedad con argumentos que no concuerden con los actuales conocimientos científicos.

Otro medio eficaz consiste en humanizar la legislación hasta conseguir que los enfermos vean en ella, en lugar de un peligro para su libertad, el más firme apoyo para su desgracia. El subcomité de Legislación de la Comisión de Epidemiología del Congreso, en las recomendaciones legales a los Gobiernos dice, entre otras cosas, que «los Gobiernos tienen la obligación indeclinable de proporcionar a los enfermos internados en las Leprosorias un nivel de vida decoroso y las comodidades y esparcimiento *a que tienen derecho*» en justa correspondencia al sacrificio que ellos hacen de su libertad, en beneficio de la salud colectiva. Asimismo insiste en la obligación de «atender directa o indirectamente a las necesidades

de los familiares dependientes de enfermos aislados en las leproserías». No queremos dejar pasar la ocasión sin señalar que España ha sido el primer país del mundo que ha resuelto el problema poniendo a los familiares de los enfermos de lepra bajo la protección directa del Estado, al extender a esta enfermedad los beneficios del Seguro de Enfermedad, aun cuando los enfermos no sean trabajadores en el momento del diagnóstico.

En fin, terminaremos estos párrafos mal redactados que, si bien llenos de buena voluntad, bordean por su extensión los linderos del abuso de confianza en la tolerancia de la redacción y en la paciencia de los lectores, haciendo un breve resumen. La literatura, en complicidad con la historia y la leyenda, ha creado en la mente del pueblo un estado de opinión frente a la lepra que no corresponde a la realidad científica y que, además de los perjuicios que ocasiona a los enfermos en el orden sentimental y humanitario, constituye una rémora para la lucha eficaz contra la enfermedad.

Los médicos y todas las personas cultas tienen el deber de deshacer este mito, llevando al conocimiento de todo el mundo la verdad sobre la lepra a la luz de los modernos conocimientos científicos. La tarea es difícil, pues éste, como todos los mitos tradicionales, tiene firme raigambre en la conciencia de la masa.

Indudablemente los medios recomendados por el Congreso Internacional de la Lepra (divulgación científica, protección al leproso y sus familiares, combatir la literatura sensacionalista) pueden contribuir eficazmente a conseguirlo. En nuestra modesta opinión, el desarraigo total del mito no será posible en tanto no se demuestra definitivamente la falsedad de su principal y más temido fundamento: la pretendida incurabilidad de la lepra. Por

eso creemos que lo mejor que pueden hacer los leprólogos es mejorar la terapéutica hasta conseguir la curación total y absoluta en una gran mayoría de casos.

Estamos convencidos de que los gritos de júbilo de los leprosos arrancados por la ciencia a la desesperación y al horror de la enfermedad, será lo único que logre acallar el lúgubre tañido de la campanilla de los *gafos* medievales, en cuya tragedia está basado el *mito literario del leproso*.

VÍCTOR MARTÍNEZ